

nos míos, que estoy viendo á nuestro Santo como insulta al prefecto; pero ¿qué digo? no insulta, no, sino que explaya el espíritu de religion para reprimir los impíos insultos de la tiranía enfurecida. Me parece, vuelvo á decir, que estoy viendo y que ya oigo á Félix decirle al prefecto con una voz firme y llena de animosidad: No tienes para que quererme atemorizar con apariencias de terrores: no tienes que prevenir lanzas y espadas: nada te aprovecha el ponerme á la vista una turba de bárbaros verdugos, en cuyo seguimiento van dogales, cadenas, tenazas y garfios: en vano me señalas en un lugar con el dedo incendios humeando, dentro los cuales amenazas arrojarme: en vano en otro me señalas catastas, cruces y ecúleos para entregar mi cuerpo á una mortal opresion y tortura; ni esto, ni todo cuanto pueda inventar tu ingeniosa crueldad, es bastante para desquiciarme de la fe que profeso. ¡Ah, hermanos míos! aquellos flojos y cobardes cristianos de nuestros tiempos, que al oír impiedades y blasfemias se quedan tranquilos; aquellos que sufren á sangre fría las chistosas palabras que no respiran otra cosa que escepticismo y corrupcion de costumbres; aquellos que por vanos temores dejan abandonada la verdad á la indiscrecion de los necios y de los impíos, ¡cuán admirados hubieran quedado al ver en este lance la religiosa intrepidez de nuestro Mártir!

8. Pero vosotros, hermanos míos, suspended vuestra admiracion; esperad un poco, y veréis la serenidad de ánimo con que sufre los tormentos por Jesucristo. Representáosle, pues, tendido y enaspado en el ecúleo en ejecucion de la sentencia dada ya contra él. Figuraos como á fuerza de aquella tormentadora máquina empiezan ya á descoyuntarse sus huesos y á henderse sus carnes. Considerad que á la vehemencia de tan terrible tortura quedan todos sus sentidos penetrados de los mas vivos dolores. Ahora sí que parece se halla Félix en un estado infeliz; ahora sí que parece mas propio el compadecernos de sus miserias que el celebrar sus felicidades. Así discurrirían aquellos que, no habiendo llegado aun á gustar cosas espirituales, forman una falsa idea de ellas; y mirándolas únicamente por el exterior, tienen á los justos por unas gentes llenas de continua tristeza, sin descanso ni consuelo en este mundo; los miran como unos voluntarios infelices, que gimiendo bajo el pesado yugo de la ley y del temor de Dios llevan su cruz con tristeza. ¡Qué injusticia! dice san Gregorio. ¿Han entrado acaso los mundanos en los caminos de Dios para decir si son ásperos ó suaves? ¿Han probado ellos á llevar el yugo del Señor para saber si es

ligero ó pesado á los que le llevan? No discurreis como ellos, hermanos míos, si quereis comprender la paz interior que goza nuestro Santo, aun cuando le considerais tendido y enaspado en la tortura del ecúleo; antes bien debeis traer á la memoria que, segun asegura David, el Señor está cerca de los atribulados, y que hay mucha paz en el corazon de los que aman su santa ley. Con esta reflexion comprenderéis que, aun en medio de los dolores, quedaba recreado el corazon de Félix con la paz de Dios, la cual como nos dice el Apóstol sobrepuja á todo sentido: *Et pax Dei, quæ exuperat omnem sensum*¹: ni podréis menos de entender que la sabiduría eterna, haciéndose su compañera, dulcificaba entonces sus opresiones, así como haciéndose compañera de José² en la cárcel, quitaba á la soledad y á la esclavitud el peso terrible del enfado. ¡Cuán traslucida se veía la paz de Dios en el rostro de Félix, cuando suelto ya del ecúleo y condenado á muerte, iba fuera de la ciudad á recibir el golpe del acero! ¡Qué esplendor! ¡qué gracia fue aquella que se vió rebosar en su semblante! No iban tan alegres al Capitolio los generales romanos en el dia de su triunfo, como iba él entonces por la via Ostiense á derramar la sangre en testimonio de la ley evangélica. No se regocijaban ellos tanto con los triunfales rendimientos que les ofrecian, como Félix al ver que al imperio de su voz se arrancó de raíz un árbol consagrado á los dioses de las gentes, cuyo templo y estatuas destrozó de improviso al desplomarse. Cae, cae, diria Félix, repitiendo las proféticas expresiones de Isaías³, cae esta gran Babilonia, y sus ídolos son rotos. Bel es derribado y Nabon. ¡Oh feliz Adauto! ¡oh Mártir glorioso! ¡oh noble acrecentamiento del triunfo de Félix! ¿Cuál fue el poderoso atractivo que en un momento os obligó á seguir sus huellas? ¿cuál fue el origen de aquella estupenda animosidad, que llenando de improviso vuestro corazon os hizo decir con voz alta que profesábais la misma religion que él, que adorábais como él á Jesucristo, y que queríais ser su compañero hasta la muerte? Pero, hermanos míos, aquella serenidad de ánimo, aquella alegría, aquella divina paz que se asomaba entonces en el rostro de Félix, sin embargo de hallarse este vecino á una muerte tan cruel, ¿no habia de llenar de admiracion y asombro el corazon de Adauto? ¿No habia de renovar todos los sentimientos de religion en el pecho de aquel verdadero cristiano

¹ Philip. IV, 7. — ² Genes. LIX, 21: Fuit autem Dominus cum Joseph. Sap. X: Descendit cum illo in foveam, et in vinculis non dereliquit eum. — ³ Cap. XLVI, 1.

la vista de un espectáculo, cuyo recuerdo basta para enervorizar nuestros corazones?

9. Llega ya Félix á su feliz destino, sube ya alegre al cadalso. ¡Gran Dios de la majestad! mirad á esta humilde víctima esperando con vivas ansias la consumacion de su sacrificio. ¡Qué espectáculo, hermanos míos! Dobra ya la cerviz nuestro ínclito Mártir. Va ya el verdugo con las manos trémulas á darle el golpe: riega ya la tierra la sangre de nuestro inocente Abel, y queda en ella tendido su sagrado cuerpo. Pero ¿cómo queda? ¡Ah! no es su destino aquella grande hoyá que ha dejado el árbol arrancado de cuajo al imperio de su voz. Si los gentiles al querer sacarlo de allí para profanarlo quedaron poseidos del demonio; si quiso Dios que quedase algun tiempo sepultado en aquella misma hoyá ¹, era con el desig- nio de que depositada en este templo su santa reliquia hasta una resurreccion gloriosa, honrase á una provincia que en la misma persecucion de Diocleciano quedó bañada con la sangre de muchos y muy esclarecidos Mártires. Los Narcisos, las Eulalias, los Cucufates, las Julianas y Sempronianas, y otros Santos que consiguieron entonces en Cataluña la palma del martirio, serán dulces compañe- ros de Félix, recibirán con él devotos obsequios en la provincia, y serán con él inexpugnables baluartes para su defensa. ¿Qué mas? Así como el cuerpo muerto de Eliseo y los huesos del patriarca José, según nos refiere la sagrada Escritura, profetizaron ², y su modo de profetizar consistió en obrar milagros ³; del mismo modo los cuerpos de dichos Santos darán incesantemente mudas voces. Ellas serán el sonrojo de las inscripciones lapidarias que dejaron los gentiles en España erigidas en elogio de Diocleciano, como exter- minador del Cristianismo.

10. Os he acordado, hermanos míos, la gloriosa muerte de vues- tro santo Patron, y confieso que al traerla á la memoria no puedo menos de representarme como se abren por sí mismas las puertas del cielo, y como al punto le sale al encuentro un coro de Ángeles entonando con festiva armonía aquel famoso versículo: *Intra in gau- dium Domini tui*: Entra en el gozo de tu Señor. Me represento como á la nueva de su arribo los bienaventurados vienen á porfía para encontrarle á coros, mas numerosos que aquellos que allá en la baja Jerusalem corrieron al encuentro al pastorcillo David cuando volvió de su famoso triunfo. Y al mismo tiempo me persuado que con la

¹ Ex Actis Adonis de Felice, et Adaucto. — ² Eccli. XLIX, 18.

³ Annat. Apparat. ad Theolog. lib. II, art. 15, dub. 15.

memoria de ello arde vuestro corazon en tan vivos deseos de imi- tar sus virtudes, que cada uno de vosotros quisiera ser un Adauto, para que siendo compañeros de Félix en los sufrimientos, lo fué- rais tambien en el goce eterno de las celestiales delicias. Este es el deseo que os hará vivir una vida ya casi bienaventurada en este es- tado de viadores: *Beati qui esuriunt, et sitiunt justitiam* ¹. Dichosos son, dice Cristo, los que desean la justicia. Este es el deseo que os hará disfrutar las dulzuras que trae á cualquiera corazon verdade- ramente espiritual aquella gran paz que se llama de conciencia, que, según nos enseña el Apóstol, sobrepuja á todo sentido. Este deseo hará que no sea para vosotros triste la idea de la muerte, como lo es para aquellos que carecen de firme esperanza: *Ut non contriste- mini, sicut et ceteri, qui spem non habent* ². Si á nuestro Mártir puesto en la horrible tortura del ecúleo le suavizaba los dolores sola la es- peranza de los bienes eternos que estaba oculta en su seno; ¿cuánto suavizará esta misma esperanza las tribulaciones que tengais vos- otros que sufrir, siendo estas sin duda incomparablemente mas li- geras que aquellos dolores? Si su cristiana virtud pudo vencer los rabiosos ímpetus del ciego furor de los tiranos, ¿no venceréis vos- otros con su imitacion cualquiera ímpetu de vuestras pasiones? Si una sola mirada á los daños eternos restituía inmediatamente la ale- gría á su alma afligida, ¿no experimentaréis vosotros semejantes alivios, si reconocéis como él que todos vuestros trabajos están de- positados en dos eternos tabernáculos? ¿No dijo tambien para vos- otros el Apóstol que no son condignas las penas de este tiempo para la gloria venidera que se revelará en nosotros ³? ¿Qué fatiga tendréis por molesta, qué penalidad os parecerá acerba, si consi- derais que lo momentáneo de unas tribulaciones pasajeras os ha de granjear un caudal eterno de gloria? ¿Qué pérdida puede ser sen- sible al que espera beber á boca llena en un torrente de delicias, y embriagarse de dulzuras en la mesa abundante del Señor ⁴? No mi- reis, os dice san Juan Crisóstomo, lo amargo de lo presente, an- tes fijad los ojos á los gozos venideros: no mireis los males actua- les, sino los bienes esperados; no las penas, sino los premios; no los trabajos, sino las coronas; no los sudores, sino la paga; no las amarguras, sino las retribuciones ⁵. Cotejad lo que da el mundo á sus ciegos adoradores con lo que da Dios á sus siervos, y sacrifica- réis alegres á su divina Majestad vuestro tiempo, vuestro descanso,

¹ Math. v, 6. — ² I Thes. iv, 12. — ³ Rom. viii, 18. — ⁴ II ad Cor. iv, 17; Psalm. xxxv, 9. — ⁵ Hom. de SS. Martyr.

vuestro afán, vuestras riquezas. Os dice Jesucristo que para que seáis verdaderos discípulos suyos es menester que renunciéis todos los bienes perecederos; pero en premio de esta renuncia os promete una felicidad eterna, cuya esperanza es capaz de animaros á dar una repulsa magnánima á cuanto la tierra sepa ofrecer. Mejor es un día de habitar en los atrios del Señor, que mil á fuera ¹. Un solo momento de la bienaventuranza que allí os espera, no digo en lo íntimo del santuario, sino en los umbrales, os dará mas que cuanto han gozado todos los monarcas terrenos desde el principio del mundo hasta el fin. ¡Felices vosotros si os toca suerte tan dichosa, como veros admitidos á la posesion de tanta gloria en el cielo! ¡Qué cosas no contribuirán allí á vuestro contento! La vista de tanto cielo, el dominio de tanto mundo, la compañía de tantos héroes, la variedad de tantas delicias, y el ornamento de tantas dotes serán otros tantos manantiales que inundarán vuestro corazón con copiosas avenidas de dulzuras. ¿Y qué diré de la vision clara de Dios? ¿Qué será al ver aquel piélago de esplendores, aquel Ser simplicísimo, infinitamente perfecto, que da el ser á todas las criaturas, y contiene por eminencia y sin imperfeccion cuanta perfeccion y belleza se halla en ellas? ¿Qué deliquios de amor, qué llamaradas de caridad, qué avenidas de gozo no sentirá vuestro corazón en aquella primera vista? ¿Y qué felicidad es tambien ahora el ver ² que llegará el tiempo en que, desvanecida la nube de nuestra mortalidad, amanecerá el día de la dichosa eternidad, de tanta gloria, *ad quam*, etc.?

¹ Psalm. LXXXIII, 11. — ² *Lætatus sum in his, quæ dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus.* (Psalm. CXXI).

ESQUELETO DEL SERMON

DE

SAN INDALECIO, MÁRTIR.

Adauge nobis fidem. (Luc. XVII, 5).
Aumentanos la fe.

1. La felicidad del hombre no consiste en los bienes de este mundo... Salomon... Palabras del apóstol san Pablo... No : no es en la tierra, sino en el cielo donde... Esta ciencia de la salvacion la enseñó á los españoles san Indalecio...
2. Sí : san Indalecio nos trajo aquella fe viva que... : aquella fe sin la cual... : aquella fe... ¡Qué acontecimiento este tan fecundo en dichosas consecuencias!... Á él debemos la dignidad de... Idea de este discurso...
3. *Invocacion* : Reina y Señora de...

Reflexion única : Por san Indalecio somos cristianos los españoles ; y de consiguiente dichosos y felices en esta vida y en la eterna.

4. Por mas que el mundo y sus parciales se crean dichosos..., la verdad no dejará de ser verdad, ni la mentira mentira... Por mas que los mundanos..., la muerte se avanza para hacernos entender que... Bienaventuranzas...
5. Haciéndonos cristianos Indalecio nos elevó á una dignidad ante la cual nada valen las glorias de la tierra... Cambises, Alejandro, Césares y Pompeyos... *Hæc est vita æterna, ut*, etc. Esta doctrina, única verdadera, nos enseñó nuestro Santo... Comprended despues de esto la dicha de un cristiano, y el valor y mérito del varon apostólico que...
6. Inmensas ventajas y tesoros que nos procura la fe... *Oculus non vidit*, dice el Apóstol, *nec*, etc. Delicias y bienaventuranza del cielo... Gran Dios : ¡qué cosa tan dulce es...! Esto es lo que ahora piensa san Indalecio... Y ¿será posible que pudiendo nosotros...? Vuestra gracia imploramos, Dios mio,...
7. Caminemos sin detenernos hácia el cielo... Lo que debemos hacer para lograrlo... Así nos lo predicó san Indalecio...